

mágico de 1968. Hasta entonces el entusiasmo despertado en la época de Lázaro Cárdenas se ha mantenido en un nivel aceptable aunque inevitablemente se ha iniciado una suave decadencia. La Escuela, la ENAH ya no es la misma que en los años 40: muchos de los maestros ya no están y bastantes de sus mejores discípulos se han dispersado; el indigenismo defendido por el INI y el Instituto Indigenista Interamericano —Comas, León-Portilla, Aguirre Beltrán, etc.— ha cosechado más de un fracaso y se empieza a desconfiar de él; pero al mismo tiempo, los institutos de investigación de la UNAM —el ya citado de Investigaciones Históricas, el Centro de Estudios Mayas, el Instituto de Investigaciones Estéticas, etc.— cobran más y más importancia, aumenta el número de investigadores y de publicaciones, y su peso específico se hace notar cada día más en la propia universidad y fuera de ella. Es entonces cuando se celebra el XXXV Congreso Internacional de Americanistas (1962) y cuando se inaugura el Museo Nacional de Antropología (1964) que acogerá en su seno a la vieja Escuela de Antropología. En ese momento parece desarrollarse la antropología en dos planos. En el plano oficial todo parece marchar bien: la obra científica creada por un numeroso grupo de profesores e investigadores en campos diferentes —la arqueología, la etnohistoria, etc.— tiene un indudable reconocimiento y prestigio internacional: los viejos maestros fundadores de la Escuela —Caso, Kirchhoff, Jiménez Moreno— siguen produciendo trabajos importantes. Sin embargo, el espíritu crítico y aun revolucionario que estallará en el 68 por todas partes —en París, en Berkeley, incluso en el Madrid franquista— también afecta a México, a su universidad y al movimiento estudiantil y, por supuesto, afecta a los antropólogos.

El hecho se centra fundamentalmente en los problemas del indigenismo y de cómo éste, afectado especialmente por la acción de los antropólogos, ha llevado hasta entonces una marcha contradictoria con los propios intereses de la antropología y de ésta como instrumento en la búsqueda de la identidad nacional. El espíritu crítico de algunos jóvenes antropólogos se manifiesta sobre todo en un librito —*De eso que llaman antropología mexicana*— obra de Bonfil, Valencia, Warman, Nolasco y Olivera, muchos de cuyos postulados siguen aún formando parte de las diatribas actuales. De ese libro es la mejor definición del ideal del indigenismo de la época, dada por Bonfil en su artículo, «Del indigenismo de la Revolución a la antropología crítica»: «Las ideas fundamentales del indigenismo —dice Bonfil— se mantienen. El ideal de redención del indio se traduce, como en Gamio, en la negación del indio. La meta del indigenismo, dicho brutalmente, consiste en lograr la desaparición del indio».

El grupo de antropólogos que escribió el polémico libro estaba directa o indirectamente relacionado con Ángel Palerm, pero sería el propio Palerm

quien desde el CIS-INAH daría oportunidad a Aguirre Beltrán a responder a esa y otras críticas contra el indigenismo de la época al reunir una serie de artículos que englobó bajo el título de *Obra polémica*.

No hay que olvidar que por esos años arrecian las críticas a varios gobiernos latinoamericanos —especialmente los de Colombia y Brasil— por las matanzas de indios consentidas o propiciadas por los mismos gobiernos que aparentaban realizar acciones de protección a los indios. Las denuncias de esos hechos se produjeron en muchos lugares, pero especialmente en varias sesiones del Congreso Internacional de Americanistas, comenzando, si no recuerdo mal, por el de Stuttgart en 1968, donde Robert Jaulin destacó por sus acusaciones, antes aún de que popularizase el término de *etnocidio* en un libro que publicaría muy poco después, *La paz blanca. Introducción al etnocidio* (1970).

Al año siguiente de las publicaciones de Warman y Jaulin, se hace la primera reunión de Barbados en la que intervienen únicamente antropólogos e indigenistas y en cuya declaración final se hace referencia explícita a la responsabilidad de antropólogos y misioneros religiosos, en todo lo referente al etnocidio que sufren los indígenas, y se habla por primera vez de autogobierno, desarrollo y defensa de los indios por parte de las poblaciones indígenas.

Los cambios en el campo del indigenismo son fulgurantes. Por eso, cuando en 1977 se hace una nueva reunión en Barbados, podría sorprender la presencia de líderes indios junto a los antropólogos que ya se definieron anteriormente por una actitud crítica, más abierta y con nuevas orientaciones, muy diferentes de las del indigenismo oficial. No podemos olvidar que en esos años se han ido multiplicando las reuniones y congresos regionales y nacionales de los propios indios, de donde surgirán los primeros líderes a nivel internacional y empieza a diseñarse una nueva ideología a la que se denominará *indianismo*.

Todo lo que acabamos de decir justifica que consideremos el libro de Bonfil, Warman y los demás como el centro de ese momento de inflexión al que nos referíamos antes. Es indudable que a partir de ese momento la antropología mexicana, como apunta Díaz Polanco, incluye dos corrientes teóricas o ideológicas fundamentales: una marxista y otra chayanoviana. Es indudable que ésta última va a ser defendida y difundida por Palerm y Wolf. El viejo anarquista ibicenco, casi tan antimarxista como su colega Wittfogel, debió influir en esa joven generación de antropólogos mexicanos.

Sin poder hacer demasiadas matizaciones ni entrar en detalles, es indudable que con la nueva presidencia de Echeverría esa generación de antropólogos críticos y renovadores, a la que se conoce también con el nombre de la generación de «los magníficos», influye poderosamente en su entorno. En

efecto, Guillermo Bonfil, uno de los más caracterizados de ese grupo, es nombrado director del Instituto Nacional de Antropología e Historia y muy poco después se hace realidad un viejo sueño de Palerm y Aguirre Beltrán, el Centro de Investigaciones Superiores del INAH, que «intentaba ofrecer una cobertura de investigación que permitiera también impulsar la enseñanza de la antropología». El Centro, creado y dirigido por Ángel Palerm, tuvo una actividad muy destacada en el desarrollo de la investigación antropológica en los primeros años y aunque el interés se encaminaba más hacia la investigación de carácter social, más descuidada por las otras instituciones, también acogió temáticas de carácter etnohistórico.

Los nuevos planteamientos del indigenismo llevarían muy pronto a las reuniones de Barbados I y II, según hemos visto, y esos cambios influirían de alguna manera en el comportamiento de las viejas instituciones del indigenismo oficial: el Instituto Nacional Indigenista y el Instituto Indigenista Interamericano.

Por otra parte, es a partir de estos cambios cuando se incrementan significativamente los estudios sobre el campesinado, en lo que la responsabilidad de Ángel Palerm se hace nuevamente palpable. La influencia de éste y de su hijo Juan Vicente Palerm, alcanzó incluso a España, especialmente al Departamento de Antropología Americana de la Universidad Complutense.

La actitud crítica de la época a que nos estamos refiriendo no se limitó al indigenismo. La «arqueología turística» con la desmesurada actividad «reconstructora» de pirámides, que había dominado durante los años 60, especialmente bajo la orientación de Ignacio Bernal y sus colaboradores, únicamente compensada por el Departamento de Prehistoria del INAH que montó, orientó y puso en funcionamiento José Luis Lorenzo, formado, como ya dejamos dicho, en el Instituto de Arqueología de Londres, fue motivo de críticas por parte de grupos jóvenes de la Escuela que, sin embargo, nunca llegaron a dominar plenamente, como en el caso del indigenismo. Es así que, en los años siguientes, las actividades de «Luz y Sonido» se popularizarían tratando de incrementar los ingresos procedentes del turismo encaminado hacia las ruinas del país.

Es indudable que el crecimiento del *marxismo* como ideología y como teoría se produce en los años 70, especialmente en la ENAH, allí donde según algunos «no se estudia antropología... sólo se aprende a hacer la revolución», lo que en definitiva es una consecuencia más de la decepción de esa pseudorevolución que fue el 68 en todo el mundo, agravada por las circunstancias particulares del México del momento, la pérdida de los viejos maestros y la desorientación de muchos de los más jóvenes, lo que

conducirá a que se estudie exhaustivamente *El Capital* de Marx, pero se desconozcan los rudimentos más elementales y las teorías fundamentales de la etnología y la antropología social.

Pese a todo, la Escuela Nacional de Antropología e Historia perdura y aunque con dificultades se sigue enseñando y se hace investigación original, contribuyendo generación tras generación a proporcionar personal suficientemente preparado para los cada vez más numerosos centros de trabajo que requiere tanto el propio INAH, especialmente en el campo de las actividades arqueológicas —conservación y excavación de ruinas— como el Instituto Nacional Indigenista en sus centros de acción en las comunidades.

Para concluir deberíamos insistir en algo que se ha ido deslizando a lo largo de las páginas anteriores: el papel de la antropología en el México de hoy participa de algunas graves contradicciones que convendría destacar aquí.

Es evidente que la construcción de México como nación o mejor, como comunidad nacional, debe mucho a la antropología, considerada ésta, más bien como ideología o si se quiere como instrumento realizador de la identidad cultural del país. Eso lo vemos desde las indagaciones primeras de fray Bernardino de Sahagún, a las que sus superiores considerarían «peligrosas», precisamente por ese carácter, pero sobre todo desde que, con Sigüenza y Góngora, Boturini, Clavijero y otros ilustrados se va construyendo el espíritu de la nación que aún no ha nacido y después, cuando a lo largo del siglo XIX y en los comienzos del XX, la identidad de esa nación se va construyendo y reforzando mediante la búsqueda en el «pasado» o en el presente indígena, aquello que hace al país diferente de la llamada por algunos «madre patria» y que no es para otros más que el país opresor que ha colonizado aquellas tierras haciendo de ellas una nación mestiza. En esa línea de la construcción de la identidad nacional, los museos —el de Antropología o el del Templo Mayor— son símbolos «culturales» de esa identidad nacional. Pero esa misma construcción ideológico-intelectual implica una contradicción. Un país cuya población mayoritaria es racialmente blanca o mestiza y minoritariamente indígena, defiende un pasado indígena «identificador» de la nación, al cual considera por otra parte como «atrasado» y al que hay que «educar» para incorporar a la cultura nacional.

Esa contradicción irresuelta estalla en torno al 68 porque en los años anteriores, en la práctica desde la presidencia de Cárdenas, se ha querido hacer ese doble juego. Los jóvenes contradictores acusan: lo que se quiere hacer realmente es que los indígenas renuncien a sus propias lenguas y culturas y se incorporen a la vida nacional. Solamente Bonfil clama por

Bibliografía

AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo: *Obra polémica*. SEP-INAH. México. 1976.

BONFIL BATALLA, Guillermo: *México profundo. Una civilización negada*. SEP. Ciesas. México. 1987.

— *Centro de Investigaciones Superiores del INAH*. Ediciones de la Casa Chata. I. México. 1975.

— *Cuatro Décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*. ENAH. Colección Cuicuilco. México. 1982.

JAULIN, Robert: *La paix blanche Introduction à l'ethnocide*. Seuil. París. 1970.

WARMAN, Arturo et al.: *De eso que llaman antropología mexicana*. Editorial Nuestro Tiempo. México. 1970.

un «México profundo» en el que indios y mestizos son en realidad los herederos de una cultura india ancestral de la Mesoamérica precolombina, mientras los «blancos» son una minoría. Hasta que ese México profundo no se evidencie, la contradicción cultural interna no hará otra cosa que hacer que el país siga «a rastras», detrás del Occidente que no es otra cosa, en realidad, sino el heredero de la colonización.

El actual conflicto chiapaneco es, en ese sentido, paradigmático: grupos indios —tzotziles, tzeltales, etc.— con lenguas de una gran riqueza e incluso con una valiosa literatura, que responden a visiones del mundo extraordinariamente originales y culturas muy particulares, están padeciendo por una parte una situación socioeconómica típicamente colonial y una consideración de marginalidad manifiesta por parte de las instituciones del Estado, que habiéndoles «ignorado» hasta el momento del estallido del conflicto, lo que desean en este momento es «acallar» esa situación sin saber en realidad de qué modo resolver el problema, ya que ni siquiera se esboza un programa de «asimilación cultural» por parte de la cultura nacional que representa el Estado.

Esa situación de contradicción permanente conduce a situaciones dramáticas en el orden individual de personas —antropólogos— que habiendo sido ocasionalmente muy críticos con el Estado, han sido involucrados en la organización burocrática del mismo, lo que obliga de hecho a la «traición» del viejo crítico y contradictor que, de hecho, ha sido digerido por el sistema.

En definitiva, cuando una nación cuenta con medio centenar de etnias diferentes, ese hecho plantea problemas extraordinariamente complejos, si se quieren defender los derechos humanos, incluido el de autodeterminación, y se trata de dar una solución lógica y un encaje práctico a la situación política de esas numerosas «minorías», cada una de las cuales puede reclamar su propio autogobierno con todas las implicaciones que ello lleva consigo.

En cualquier caso, el ejemplo mexicano que estamos examinando es uno más en el planteamiento conflictivo que traen como consecuencia lógica las acciones coloniales de los europeos o «blancos» sobre todo el mundo en los últimos quinientos años. Si la antropología ha tenido un importante papel en los últimos cincuenta años, la encrucijada actual obligará a hacer un esfuerzo suplementario de imaginación si se quiere servir positivamente a la resolución de todos los problemas planteados.

José Alcina Franch